

vieron á la ciudad para presentarse á José. Al llegar donde estaba, se prosternaron, y el irritado ministro les dijo: “¿Por qué os habéis atrevido á hacer tal cosa? ¿No sabéis que no hay hombre semejante á mí en la ciencia de la adivinación?” Judá, no hallando justificación posible, propuso á Jose que todos ellos quedaran como esclavos; mas él les contestó que volviesen á su tierra y que sólo permaneciera esclavo Benjamín, el robador de la copa. Entonces Judá, con el valor que presta la desesperación, acercóse á José y le dijo: “La primera vez que preguntaste á tus siervos si teníamos padre ú otro hermano, te respondimos: tenemos un padre anciano y un hermano más pequeño que le nació en su vejez, cuyo hermano uterino ha muerto, y aquél sólo queda de su madre, por lo que le ama su padre tiernamente. Quisiste que te lo trajéramos para verle, pero nosotros te respondimos: no puede el joven dejar á su padre, porque le costaría á éste la vida. Entonces nos dijiste que sin él no volviésemos á tu presencia. Al llegar á casa referimos á nuestro padre lo que nos habías prevenido, y cuando de nuevo, algún tiempo después, nos ordenó que viniésemos á Egipto á comprar trigo, le respondimos

que no vendriamos sino con Benjamín, para poder presentarnos á ti. Sabéis—nos dijo nuestro padre,—que tuve dos hijos de mi Raquel; uno salió de casa y dijisteis que una fiera le devoró, y no he vuelto á verle; si os llevais también á éste y le sucede alguna desgracia, bajaré con dolor en mi ancianidad al sepulcro. Si volvemos, pues, á casa de nuestro padre sin Benjamín, luego que vea que no va con nosotros, abrumaremos su vejez con un dolor tan grande que le conducirá al sepulcro. Sea yo tu esclavo, yo que me comprometí á restituir á Benjamín, y, quedando yo en Egipto, vuelva él á casa con sus hermanos. No volveré á ver á mi padre sin el joven; no presenciare la aflicción que ha de acabar con él.”

José, que estaba rodeado de gente, y que no podía contenerse más tiempo, mandó que todos los extraños se retirasen, prorrumpió en sollozos y en llanto que oyeron los egipcios, y toda la familia de Faraón, y dijo á sus hermanos: “Yo soy José. ¿Vive mi padre todavía?” Los hermanos no podían contestarle á causa de su asombro; mas él, con semblante apacible: “Llegaos á mí”, les dijo, y habiéndose ellos acercado, añadió: “Yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis

para ser traído al Egipto. No temáis ni os desconsoléis por haberme vendido, pues así lo dispuso Dios para vuestro bien, porque dos años hace que comenzó la carestía en el país y aun faltan cinco, en que no habrá siembra ni siega; así es que el Señor me ha enviado por delante á fin de que vosotros tengáis alimentos. No he sido enviado acá por designio vuestro, sino por la voluntad de Dios, quien ha hecho que yo sea consejero de Faraón, dueño de su casa y príncipe en toda la tierra de Egipto. Volved luego á mi padre y decidle; esto te envía á decir tu hijo José: Dios me ha hecho como señor de todo el Egipto; ven á mí, no te detengas, y habitarás en la tierra de Gessen, y estarán cerca de mí, tú y tus hijos y los hijos de tus hijos, tus ovejas y ganados mayores y todo cuanto posees, y aquí te alimentaré, puesto que faltan todavía cinco años de hambre, para que no perezcan tú y tu familia y cuanto posees. Estáis viendo que soy yo quien os hablo; referid á mi padre toda mi gloria y lo que habéis visto en Egipto; apresuráos y traédmele.”

Quando José acabó de hablar se arrojó al cuello de Benjamín y, abrazado con él, se echó á llorar, llorando asimismo Benjamín. En seguida besó á

los demás hermanos, llorando también sobre cada uno de ellos.

Divulgóse en el palacio del rey la noticia de que habían venido los hermanos de José, y holgaron de ello Faraón y su corte. El rey dispuso que viniera toda la familia y ofreció colmarla de bienes en el Egipto; dispuso también que los hermanos llevasen carros egipcios para trasportar á sus niños y mujeres. José, cumpliendo las órdenes de Faraón, dióles carros y víveres para el camino, y mandó presentar á cada uno dos vestidos; pero á Benjamín le dió cinco muy preciosos y trescientas monedas de plata. Además, envió á su padre igual número de vestidos é igual suma de dinero, con diez asnos cargados de toda especie de preciosidades del Egipto, y otras tantas borricas que llevasen trigo y panes para el camino.

V

Los hermanos, procedentes de Egipta, llegaron á la tierra de Canaán y dijeron á Jacob: “José tu hijo vive todavía y manda en toda la tierra de Egipto.” Atónito el anciano, no da-

ba crédito á sus palabras, y ellos, para convencerle, relataron cuanto les había acaecido. Al ver Jacob los carros y el aparato de las cosas enviadas, su espíritu despertó como de un sueño, y el padre afortunado exclamó con júbilo: Bástame el que viva José mi hijo. Iré y le veré antes de morir.”

Púsose Israel en camino, y al llegar al pozo del juramento, ó sea á Bersabée, durante la noche, oyó en sueños que Dios le llamaba, diciéndole: “Jacob, Jacob”; éste respondió: “Aquí me tienes”; y Dios añadió: “Yo soy el fortísimo Dios de tu padre; no tienes que temer. Desciende á Egipto, que allí te haré cabeza de una gran nación. Yo iré allá contigo y seré tu guía cuando vuelvas, y José cerrará tus ojos así que mueras.” Siguió Jacob su camino, acompañado de toda su descendencia, compuesta de muy cerca de setenta personas. Envió á Judá delante de sí para avisar á José, á fin de que saliese á su encuentro en la tierra de Gessen. José montó en su carroza para salir á recibir á su padre, y, al verle, se arrojó sobre su cuello y le abrazó estrechamente, deshaciéndose en lágrimas. Jacob dijo á José: “Ya moriré contento, porque he visto tu rostro y te dejo vivo.”

VI

Los egipcios miraban con desprecio y abominación á los pastores de ovejas, y por eso José aconsejó á sus hermanos que cuando llegasen á presencia de Faraón le pidieran permiso de establecerse en la tierra de Gessen, donde estarían alejados de los egipcios. El mismo José fué á noticiar al monarca la llegada de toda su familia, y le presentó cinco de sus hermanos. Faraón les preguntó cuál era su oficio, y, oída la respuesta, dijo á José: “La tierra de Egipto se halla á tu disposición; dales para habitar el mejor sitio y sea, en hora buena, la tierra de Gessen; y si conoces que hay entre ellos sujetos capaces, ponles por mayores de mis ganados.” Después de ésto, José introdujo á su padre y presentóle al rey; éste le preguntó cuántos eran los días de su vida, y Jacob respondió: “Los días de mi peregrinación son ciento treinta años, pocos y trabajosos, y no han llegado á los días de la peregrinación de mis padres.” Según lo acordado con Faraón, José dió á su padre y á sus hermanos la tierra de Ramessés, que era la más fértil del reino, y en ella les alimentaba, dando á cada cual lo necesario para vivir.

Continuó la esterilidad, y, en expresión del Génesis, faltaba el pan en todo el mundo y el hambre tenía oprimida toda la tierra, en especial el Egipto y el país de Canaan. Habiendo agotado su dinero los compradores, José siguió dándoles trigo en cambio de sus ganados, y habiéndose éstos agotado asimismo, cada cual vendió sus posesiones y su persona á causa del rigor del hambre, de modo que el celoso ministro adquirió para Faraón todos los pueblos y las tierras de un extremo á otro del Egipto, "excepto las tierras de los sacerdotes que el rey les había dado; á los cuales también se les distribuía cierta cantidad de alimentos de los graneros públicos, y, por consiguiente, no se vieron forzados á vender sus heredades." José dió á los pueblos semillas, exigió la quinta parte de los frutos para el rey y dejó las otras cuatro partes á los vasallos para mantenimiento suyo y de sus familias. Los egipcios, llenos de alegría, agradecieron al ministro su generoso proceder, y desde entonces pagaron á los reyes el quinto, "salvo las tierras de los sacerdotes, las cuales quedaron exentas de esta contribución."

VII

Israel fijó su morada en la tierra de Gessen, y su familia se multiplicó notablemente. Vivió allí diecisiete años, de modo que los de su vida llegaron á ciento cuarenta y siete. Viendo que la muerte se acercaba, llamó á José y le obligó á prometerle que no le daría sepultura en Egipto, sino que llevaría sus restos á que descansasen con los de sus padres en el sepulcro de sus antepasados. José acercó á sus hijos al lecho del anciano para que les bendijera. Jacob le dijo: "Los dos hijos que te han nacido en la tierra de Egipto, antes que yo viniese acá, quiero que sean míos. Ephraim y Manassés serán reputados tan míos como Rubén y Simeón. Los demás que tuvieres en adelante serán tuyos, y las tierras que poseerán llevarán el nombre de sus hermanos." Dijo, además, á su hijo, después de haber abrazado á los nietos: "He logrado el gozo de verte, y Dios me ha hecho también la merced de que viese sucesión tuya." Para que recibiesen la bendición, José puso á Ephraim á su derecha, esto es, á la izquierda de Israel, y á Manassés á su izquierda, que correspondía á la derecha

del abuelo, y de esta suerte los arrimó á entrambos á Jacob, quien extendiendo la mano derecha, púsola sobre la cabeza del hermano menor Ephraim, y la izquierda sobre la cabeza de Manassés, "cruzando las manos de intento", y en seguida les bendijo, diciendo: "El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham é Isaac; el Dios que me sustenta desde mi juventud, hasta el día de hoy; el Angel que me ha librado de todos los males, bendiga estos niños; y sea sobre ellos invocado mi nombre, como también los nombres de mis padres Abraham é Isaac; y multiplíquense más y más sobre la tierra." Notando José que su padre había puesto la mano derecha sobre la cabeza de Ephraim, sintiólo mucho, y tomando la mano del anciano intentó trasladarla sobre la cabeza de Manassés, diciendo á Jacob: "No están así bien las manos, padre, porque este otro es el primogénito; pon tu derecha sobre su cabeza." Mas él, rehusándolo, dijo: "Lo sé, hijo mío; lo sé." Este será, ciertamente, padre de pueblos y tiene de multiplicarse; mas su hermano menor será mayor que él, y su linaje se ha de dilatar en naciones." Entonces bendijo á los niños, anteponiendo á Ephraim respecto de Manassés y di-

ciéndole: "Tú serás modelo de bendición en Israel, y se dirá: Dios te bendiga como á Ephraim y como á Manassés." Dijo también á José: "Bien ves que me voy á morir; Dios estará con vosotros y os restituirá á la tierra de vuestros padres. Yo te doy de mejora sobre tus hermanos, aquella porción que conquisté del amorreo con mi espada y mi arco."

VIII

Llamó y reunió Jacob á todos sus hijos alrededor de su lecho de muerte, para anunciarle lo que á cada cual debía suceder en los días venideros. Jacob profetizó entonces el destino de las doce tribus de Israel, representadas en aquel momento por sus doce hijos, cuya primogenitura pasó entonces el anciano, de Rubén á José. Sus palabras dirigidas á Judá constituyen el vaticinio más expreso y solemne de la venida del Redentor. "Tú, Judá, eres un joven y robusto león; tras la presa corriste, hijo mío; después, para descansar, te has echado cual león, y á manera de leona. ¿Quién osará despartarle? El cetro no será quitado de

Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones. El Mesías ligará á la viña su pollino y á la cepa ¡oh hijo mío!, su asna. Lavará en vino su vestido y en la sangre de las uvas su manto. Sus ojos son más hermosos que el vino, y sus dientes más blancos que la leche." A José le dijo, convirtiéndole en figura de Jesucristo, así en las penas como en las glorias: "Hijo que va en auge José; hijo que siempre va en auge, y de hermoso aspecto: las doncellas corrieron sobre los muros para mirarle. Pero antes le causaron amarguras y le armaron pependencias, y miráronle con envidia sus hermanos, armados de flechas. Apoyó su arco ó su confianza en el Dios fuerte y fueron desatadas las cadenas de sus brazos y manos por la mano del poderoso Dios de Jacob; de donde salió para pastor y piedra fundamental de Israel. El Dios de tu padre será tu auxiliador, y el Omnipotente te llenará de bendiciones de lo alto del cielo; de bendiciones de los manantiales de aguas abundantes de acá abajo; de bendiciones de leche y de fecundidad. Las bendiciones que te da tu padre Jacob sobrepujan las bendiciones de tus progenitores: hasta que venga

el "Deseado" de los collados eternos; recaigan estas bendiciones sobre la cabeza de José, sobre la cabeza del Nazareno, ó escogido entre sus hermanos."

Terminadas las profecías y las instrucciones acerca de la traslación y entierro de su cuerpo, Jacob "recogió sus pies sobre la cama, y expiró; y fué á reunirse con su pueblo."

IX

Viendo José muerto á su padre, arrojóse sobre el lecho y bañó en lágrimas y besó el rostro del anciano; después, mandó á sus médicos que embalsamaran el cuerpo, en lo cual emplearon cuarenta días; por espacio de setenta lloró á Jacob todo el Egipto, y, terminado el luto, José pidió permiso á Faraón y lo obtuvo para trasladar á Canaam los restos de su padre.

José emprendió el viaje acompañado de todos los ancianos y personajes del palacio de Faraón y de todos los principales egipcios, así como de su propia familia y sus hermanos, excepto los niños y los ganados, que dejaron en la tierra de Gessen. Fueron asimis-

mo en la comitiva carros y gente de á caballo, y se juntó un grande acompañamiento. Al llegar á la Era de Atad, situada á la otra parte del Jordán, "emplearon siete días en celebrar las exequias con grande y acerbo llanto," á cuya vista los habitantes de Canaam dijeron: grande duelo es éste para los egipcios; y á consecuencia de ésto, se llamó aquel sitio Llanto del Egipto. José y sus hermanos sepultaron el cadáver de Jacob en la cueva doble que había comprado Abraham, junto con el campo de Ephron el Hethéo, enfrente de Mambre, para sepultura suya. Después se volvieron á Egipto con todo el acompañamiento.

Asaltó á los hijos de Israel el temor de que se acordara José de la injuria que antiguamente le hicieron, y, por lo mismo, enviáronle á decir: "Tu pade, antes de morir, nos encargó que te dijésemos estas palabras en su nombre: Ruégote que te olvides de la maldad de tus hermanos y del pecado y la malicia que contra tí usaron. Nosotros también te suplicamos que perdones esta maldad á los siervos del Dios de tu padre. "Oyendo José tales razones, prorrumpió en llanto: sus hermanos se le acercaron, y adorándole postrados en tierra, le dijeron: "Esclavos tuyos so-

mos." A lo cual respondió: "No teméis que temer; ¿podemos acaso nosotros resistir á la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien para ensalzarme, como al presente lo estáis viendo, y para salvar á muchos pueblos. No temáis, pues; yo os mantendré á vosotros y á vuestros hijos." Y les consoló—dice la Escritura,—y habló con expresiones blandas y amorosas. En opinión de los expositores sagrados, José quiso que sus hermanos, al acordarse de su delito, sólo considerasen las disposiciones de la Divina Providencia que permitió que le vendieran para ser después la salud de muchos pueblos y de sus mismos perseguidores; siendo José también en esto figura de Jesucristo.

Siguió José habitando el Egipto con toda la familia de su padre; vivió ciento diez años, y vió á los hijos de Ephraim hasta la tercera generación; tuvo también y acarició sobre sus rodillas á los hijos de Machir, hijo de Manassés. Cuando conoció que su última hora se aproximaba, reunió á sus hermanos y les dijo: "Después de mi muerte os visitará Dios y os sacará de esta tierra para la tierra que tiene prometida con juramento á Abraham, á Isaac y á Ja-

cob. Cuando Dios os visite, trasportad de este lugar mis huesos con vosotros." El cadáver de José fué embalsamado y depositado en Egipto dentro de una caja.

Sabido es cómo se multiplicó su descendencia, cómo llegó á ser esclava de los monarcas egipcios, y cómo vino Moisés á libertarla, llenando de plagas á los opresores y conduciendo al pueblo de Dios por el lecho del Mar Rojo, que cerró de repente sus aguas tragándose á Faraón en compañía de sus carros y de sus ejércitos.

Septiembre de 1856.

Tradición acerca de las Lagunas de México